

VOLVER SOBRE ESPAÑA

He recibido aquí, en el molino de Palacios de la Sierra desde donde ahora escribo estas crónicas de verano, algunas cartas. No me puedo quejar. Eso de hablar de los pequeños pueblos perdidos de nuestra geografía y, si a mano viene, de sus habitantes despierta cierta simpatía. Confieso que, por lo que a mi respecta, me gusta más que hacer eso que se llama "crítica de arte". Pero también recibo alguna que otra carta de esas que podrían calificarse de "impertinentes". Últimamente he recibido una, especialmente molesta, a la que querría contestar públicamente. Considera mi corresponsal que yo estoy tratando de hacer, subrepticamente, "la promoción turística" de la zona de que hablo, por alguna razón de interés personal o de paisaje difícilmente descifrable. Lo que menos me molesta es la última suposición —la del interés—, aun cuando —¡váygame Dios!— lo que verdaderamente me molestaría es ver a esos pueblos llenos de indecentes forasteros. Lo que sí que me molesta es que confundan mi inocente glosa veraniega con cualquier cosa que tenga la menor relación con esa repulsiva palabreja llamada "turismo". ¿Piloturista yo? ¿Apologista del turismo yo? ¡Vamos, hombre! ¡A los turistas, que los parta un rayo!... Perdón, no: que no los parta ningún rayo, pero que continúen viniendo a sus "reservas" playáricas

de donde todos sabemos y nos dejen a los demás deambular tímidamente por esos lugares, a los cuales no podemos ver como un espectáculo porque forman parte de nosotros mismos. No, señor, yo no estoy en ese mesianismo turistizante que se ha apoderado hoy de muchos españoles. Supongo que si se me habla de esos conceptos abstractos llamados "divisas", "balanza de pago" y otras lindezas, podría, incluso, llegar a entender a esas manadas impúdicas —impúdicas de su propia fealdad— que circulan por nuestro verano ibérico. Pero tengo derecho a opinar lo mismo que aquel que opinó de cosas parecidas en parecidas circunstancias. Lo de la "balanza de pagos", lo de las "divisas"... Si, claro, "también me gusta mucho el jamón y no me gusta, por eso, tener a los cerdos metidos en casa".

No, señor: eso de "proturista" lo será usted.

PALACIOS DE LA SIERRA

Palacios de la Sierra es «mi» pueblo, es decir, el pueblo donde yo resido en estas jornadas, donde está el molino de que hablo. Quizá no debería insistir en decir que, como su nombre indica, está en la sierra, no lejos del nacimiento del Duero, pero aún en la provincia de Burgos, ya en esa mancha forestal, preponderantemente pinariega, que

luego se extiende hasta mucho más allá de Soria. El otro día recibí aquí a un visitante desconocido: un muchacho de Barcelona que, con moto y tienda de campaña, se disponía a hacer la ruta del Duero. Preguntó por mí y le condujeron hasta mi casa. No sabría decir la satisfacción que esto me produce: uno escribe para alguien y, de pronto, llega la respuesta... Aquella noche, el inesperado huésped no tuvo que montar su tienda: se quedó a cenar y a dormir en nuestra casa. Ese había entendido el problema de mis crónicas mejor que mi corresponsal de hoy.

Pues Palacios de la Sierra no tiene iglesia románica como otros pueblos de la comarca, aun cuando la tuvo, según acaban de descubrir ahora los arqueólogos. Mi amigo Alberto del Castillo ha dirigido por aquí una serie de excavaciones y ha descubierto algunas necrópolis de la época de «la repoblación». En la de Palacios, además de las tumbas, han salido a relucir los cimientos de una iglesia que parece románica... Pero de eso no quiero hablar hasta que no hable, primero, el descubridor, que mucha mayor autoridad tiene para ello.

No tiene Palacios una iglesia románica, pero tiene, en cambio, una vida civil, a la que me atreveré a llamar espontáneamente democrática, que es la que me interesa gloriarse en este momento.

Yo creo que la institución madre de ese democratismo rural que caracteriza a este como a otros pueblos de la comarca es el del reparto maderero. Las maderas de todos los bosques que rodean el pueblo son comunales. Y todos los años hay una corta racional, con la que, primero, se sufragan los gastos municipales, y luego se hace una división proporcional entre todos los cabezas de familia, vecinos del pueblo. Ese reparto, institucionalizado por una costumbre muchas veces centenaria, fue codificado y regulado en tiempos de Carlos III, y des-

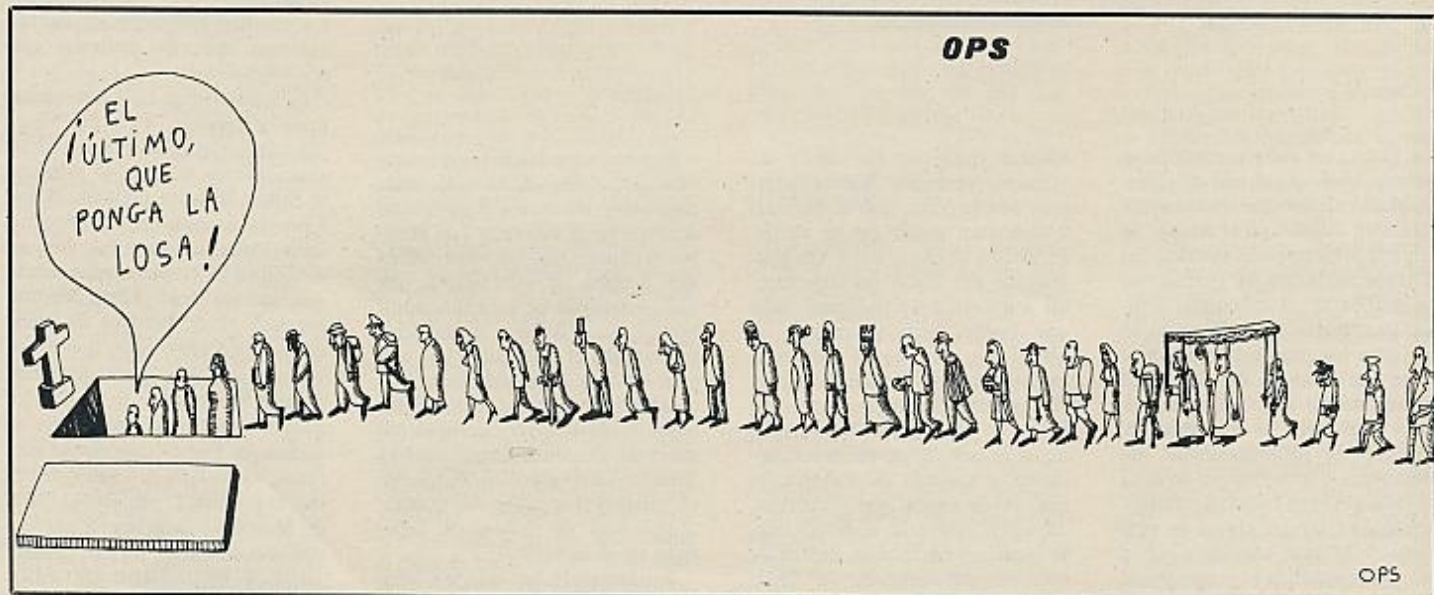
de entonces le presta una fisonomía muy peculiar a la vida de estos pueblos, en los cuales no hay grandes propiedades, pero tampoco grandes miserias. Yo pienso que esa institución ha debido servir como de regulador de una convivencia civil basada en el hecho de que todos se sienten algo responsables al sentirse también partícipes de todo.

Hace dos o tres noches me incitaron a asistir al «baile de la boda» —porque había una boda en el pueblo—. Los bailes de boda, aquí, no son un coto cerrado. Ahora, en verano, se celebran en medio de la plaza, y luego, en invierno, en «el salón» —un salón municipal destinado a esos y parecidos menesteres—. Por supuesto, a ese baile, todos los vecinos del pueblo, y también los forasteros, se sienten invitados. Por eso, la boda de aquel día no era «una boda», sino «la boda» por antonomasia de aquel día, en la que todos tienen una cierta participación. Y realmente es bello ver a toda la mocedad bailando los bailes de hoy al compás de una orquesta «venida especialmente de Quintanar». Y mucho más hermoso aun cuando, a una hora determinada, se abandona el baile de hoy para interpretar el baile de siempre, la jota de la tierra.

Palacios de la Sierra, con sus casas pétreas y sus chimeneas cónicas, con su excelente urbanización, debida, sin duda, a su riqueza pinariega, no se diferencia mucho de otros pueblos de por aquí. Ahora, la novedad del pueblo es «la piscina», excelente sin duda, pública y gratuita, gracias al arbolado paterino. Pero ese lujo ya lo tienen otros pueblos de las cercanías que gozan de la misma institución.

A mí, lo que más me gusta de este pueblo es lo que llaman «La Dehesa»: un gigantesco bosque de robles centenarios, cuyas cortas, afortunadamente, se han cuidado mucho, con una vida vegetal exuberante. Alguna vez me referiré a él más extensamente. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

OPS



OPS